DISCURSO

Pronunciado en la fiesta celebrada en Santa Catalina el 11 de Noviembre de 1907, con motivo de la designación de Mariano Demaria y Dardo Rocha á dos de sus principales calles.

SEÑOR PRESIDENTE.

SEÑORES:

Un acto de tan alto significado como el presente, en el que vamos á tributar el homenaje de nuestra gratitud á dos ciudadanos que han dejado honda huella de su paso en esta misma tierra que pisamos, requeriría la palabra inspirada, vibrante, intensa de un orador elocuente. El Centro Nacional de Ingenieros Agrónomos, ha delegado, sin embargo, en mí la honrosa misión de dirigiros la palabra, y esto lo atribuyo á la circunstancia de formar yo en el ya limitado número de los ex-alumnos fundadores que muy en breve festejaremos las bodas de plata de nuestra querida institución.

Como tal, pues, queda disculpada mi designación; y desde luego, la influencia que ejercerán tantos recuerdos que se agolpan á mi mente al medir el espacio de tiempo transcurrido, la fuerza del cariño que profeso á esta apacible mansión donde he pasado los mejores años de mi vida, y el anhelo que siento por hacer brillar aquí la verdad y la justicia, me estimularán á hablar si no con elocuencia, por lo menos con sinceridad.

DOCTOR DEMARIA:

Sentireis, sin duda, en estos momentos, una emoción semejante á la que experimentaría un padre que volviera á ver, después de prolongada ausencia, al hijo de su predilección.

Aquí está vuestra obra, vive aún, la hemos cuidado como reliquia nuestra, no sin que más de una vez háyamos temblado por su suerte!

Esto ha estado á punto de caer á golpes de martillo en manos del mejor postor! Aquí hubo de entrar también la especulación con su ensañamiento fraccionador, ansiosa de herir con el hacha el histórico bosque y levantar sobre sus ruinas un prosaico caserío. Cómo si en nuestro país faltara territorio para delinear centros urbanos! y cómo si no fuera un vandalismo devastar obras naturales y hermosas puestas como por Dios para brindar beneficios y placer!

Regocijaos, pues, de que tales atentados no se consumarán y que, felizmente, otros hombres de más sano juicio hayan sabido conservar esta regia mansión, dándole el justo destino que su naturaleza, su ubicación y su extensión le señalan.

DOCTOR ROCHA:

Os complacerá igualmente contemplar todavía en pié este establecimiento que en su primitiva organización vino á abrir una nueva vía de enseñanzas y actividades á la juventud argentina, bajo los buenos auspicios de vuestra progresista administración.

Siempre será un timbre de orgullo para vos, señor, el recordar que durante vuestro gobierno el primitivo Instituto Agronómico Veterinario de la Provincia de Buenos Aires, aquí planteado, constituía ya en el luminoso período de 1883

á 1888 una institución de primer orden, susceptible de ser equiparada á las mejores del mundo.

Vos, que en 1882 nos ofrecisteis de la noche á la mañana el fantástico cuadro de una ciudad amplísima, con sus soberbios monumentos arquitectónicos y sus actividades en ejercicio, surgida como una espontánea cristalización de todas las fuerzas y tendencias que pueden mover un pueblo de alientos superiores; que os revelasteis entonces como una inteligencia multiforme, dotado de intuiciones clarovidentes; que fundasteis ó impulsasteis con tenacidad ciclópea numerosas instituciones de carácter científico, no podiais menos que aportar también al Instituto de Santa Catalina todo el concurso de vuestros entusiasmos, de vuestras energías, de vuestra fé.

Lamentareis, sin duda, que una obra vuestra de altísima importancia, el célebre Haras que fundasteis como un anexo valiosísimo del instituto, no haya dejado más rastros que los hermosos y bien ideados edificios que constituyeron su asiento. Ahí están á pocas cuabras de aquí, privados de la animación de otras épocas; ya no percibireis allí los relinchos del fogoso «Plata», ni volvereis á ver agitarse en el redondel la soberbia figura del poderoso «Neuquen».

Pero, volvamos á la escuela. Pusisteis en ella toda vuestra mejor voluntad, dotándola de cuantos recursos necesitó, y, sobre todo, procedisteis con intenso acierto al dar carta blanca al doctor Demaría para que él desplegara aquí toda su actividad y consiguiera llevar de triunfo en triunfo, como lo consiguió, á la institución por él cimentada.

Estabais seguro de su honorabilidad, de la rectitud de sus procederés, de sus aptitudes, de su acendrado patriotismo.

De ahí que bajo la sabia y honestísima administración del doctor Demaría, el instituto marchára en un tren de constantes mejoras y perfeccionamientos, llegando á merecer de propios y extraños los juicios más favorables.

SEÑORES:

Dicho esto, y para que os deis cuenta de todo un pasado interesante, donde no han escaseado tampoco esfuerzos meritorios que un deber de conciencia me impulsa á evidenciar precisamente hoy que venimos á cumplir un acto de justicia, voy á presentaros como en rápida sucesión cinematográfica, algunos antecedentes relativos á esta finca en que nos encontramos, y que, como ya lo sabéis, fué la cuna de la hoy Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad Nacional de La Plata.

Hay un nombre, señores, que se impone á nuestra consideración al echar una mirada retrospectiva por el campo de la enseñanza agrícola, tanto en el orden nacional como en el provincial. Ese nombre es el del respetable ciudadano señor Eduardo Olivera.

Os recordaré que allá por la época en que se iniciaba la guerra con el Paraguay, don Eduardo Olivera, que á la sazón volvía de sus viajes por el viejo continente, trayendo el valioso bagaje de los conocimientos que había adquirido en el Instituto Agronómico de Grignon, se reveló desde el primer momento un ardiente defensor y propagandista de la agricultura científica. Sus libros, artículos y correspondencias de aquella época eran copiosos; en todos vibraba la nota entusiasta, meditada, convincente.

Aquel entusiasta golpeó las puertas de los Ministerios de Buenos Aires buscando apoyo para la creación de una escuela agrícola, pero fué inútil. Las luchas fratricidas que teñían con sangre las tierras todavía incultas de nuestros campos y la fiebre política, absorbían casi por entero las fuerzas vitales de la nación. Era preciso atender á las necesidades apremiantes, devoradoras, imprescindibles de la revolución; todo era poco para sofocar el elemento bárbaro que pugnaba por entronizarse en el país.

No había, pues, ni atención que prestar, ni inteligencia que dar, ni dinero que invertir en favor de los muy plausibles propósitos que con tenacidad británica perseguía nuestro incansable luchador. Dosconsolado, pero no vencido, esperó.

Fué elegido diputado por la Provincia de Buenos Aires, y ya en la Legislatura, inició con nuevos bríos sus campañas.

En Septiembre de 1867 defendió con sólida argumentación un proyecto de creación de un instituto agrícola; habló con la vehemencia del apóstol que brega por el triunfo de una buena causa y con el convencimiento del hombre familiarizado con el estudio de los problemas fundamentales de la economía nacional.

El joven diputado obtuvo su primer triunfo. La ley creando la escuela se dictó el 29 de Septiembre del 68 y al día siguiente Alsina le ponía el cúmplase.

Se votó 1.500.000 pesos moneda corriente, y á efecto de dar debido cumplimiento á la ley, el Poder Ejecutivo por decreto del 27 de Septiembre del 69, gobernando la provincia don Emilio Castro, resolvió encomendar á la Sociedad Rural Argentina, de la que era Presidente don José Martínez de Hoz y Secretario don Eduardo Olivera, la elección del terreno más apropiado para la instalación del instituto, como también la preparación del proyecto de organización.

La Sociedad Rural tomó con interés la iniciativa oficial, y con fecha 2 de Mayo de 1870 se expidió manifestando al gobierno que entre los diversos terrenos que le habían sido propuestos daba la preferencia al ofrecido por don Francisco F. de la Serna en representación del concurso de don Patricio Bockey.

Se trataba de la propiedad en que nos hallamos, que entonces medía casi media legua cuadrada de superficie (839 cuadradas) y cuyo bosque llamaba ya la atención por su no-

table desarrollo y rica variedad de especies arbóreas que contenía. En efecto, habían en él más de 55.000 árboles, siendo digno de mencionarse el hecho de que quienes lo plantaron fueron unos irlandeses traídos al país por Rivadavia para fundar una colonia.

Aprobadas por el gobierno las diligencias realizadas por la Sociedad Rural, el P. E. con fecha 8 de Junio dictó un decreto autorizando á la misma á adquirir para la Provincia el establecimiento de Santa Catalina.

La C. D. de la Sociedad Rural procedió con todo tino en el desempeño de su cometido, adquiriendo la propiedad por 1.450.000 \$ m/c, es decir, por 50.000 \$ menos de lo que podía haber pagado.

El 11 de Agosto del 70, el Gobernador Castro firmó el decreto aceptando lo hecho por la Sociedad Rural. En la nota que pasó enseguida á ésta se decía: «El gobierno queda satisfecho del celo que su Comisión Directiva ha acreditado en el desempeño del encargo que le confirió».

Esa Comisión Directiva la componían los señores Eduardo Olivera (Presidente), Miguel J. Azcuénaga (Vice), Jaime Arrufó (Secretario), Ramón Vitón, Federico Leloir, Félix Lynch, José Martínez de Hoz, Carlos Casares, José M. Jurado y Ricardo Newton.

Llegada la oportunidad de hacer efectivo el pago del 1.450.000 \$, el P. E. se encontró con que de los fondos afectados á la ley de tierras del 58, depositados en el Banco de la Provincia y con los cuales debía satisfacerse ese gasto, según lo disponía la ley, sólo quedaban 437.160 \$ 4 reales por haberse dispuesto del resto con otros fines.

¡También entonces se cocían habas! Pero no, no hagamos cargos gratuitos... Hubo una causa bien justificada. Fué necesario disponer de 1.000.000 \$ para los gastos ineludibles que acarreó la primera y terrible epidemia del cólera.

El asunto se arregló pronto y bien. El gobierno tomó del Banco de la Provincia, á interés, lo que le faltaba y así

completó el 1.450.000 \$ moneda corriente con que abonó esta gran finca.

Una vez terminada la compra, la misma Comisión Directiva de la Sociedad Rural fué encargada de correr con todo lo relativo á la instalación de la escuela. Para esto se nombró una comisión especial compuesta de los señores Juan María Gutierrez, Ernesto Oldendorff y Luis Duhamel, á la que de hecho estaba agregado el Presidente de la Sociedad, señor Olivera.

Después de hechos los estudios preliminares, confeccionados los planos de edificios, preparados los programas, etc. pasó todavía un tiempo antes que el gobierno tomara una resolución definitiva.

Por fin, el 7 de Octubre de 1874 fué inaugurada la primera Escuela Práctica de Agricultura de Santa Catalina, pero con una base muy exigua. Con todo, el sueño dorado de don Eduardo Olivera se había realizado, aunque no en la medida que él lo deseaba.

La Comisión Directiva de la Escuela la constituyeron los señores Eduardo Olivera, José M. Jurado, Ricardo Newton, Juan C. Molina y Francisco Portela.

El cargo de Director se confió á don Federico Olhausen quien tuvo como único ayudante á un profesor.

El primer plantel de alumnos lo constituyó un grupo de 20 muchachos huérfanos que los señores Olivera y Jurado, en persona, consiguieron reunir á duras penas.

La Escuela siguió su marcha venciendo numerosas dificultades, hasta que medidas de estricta economía obligaron en 1877 á reducir más aún sus gastos, lo que motivó una comunicación llena de altos conceptos dirigida al Ministro de Gobierno doctor Vicente Quesada, por la Comisión Directiva que entonces administraba la escuela y que la componían don Eduardo Olivera, don Martín de Alzaga y don Felipe Senillosa.

*
* *

No dejará de ser oportuno que á esta altura de mis informaciones históricas agregue un detalle original que hará intervenir también en este zarandeado proceso de Santa Catalina un nombre respetado: el de Aristóbulo del Valle.

Cuando estalló la revolución del 74, el doctor del Valle era Ministro de Gobierno. Dictóse un decreto, por él refrendado, autorizando poner personeros para la guerra mediante contribución individual de 5000 pesos de la antigua moneda. Nombrose una comisión para aceptar esos personeros y recibir el dinero, que la compusieron los señores Mariano Demaría, Manuel A. Ocampo y Justiniano Lynch. Esta comisión llegó á recolectar una importante suma, 3 á 4 millones de pesos, que al terminar la revolución, cuya duración fué corta, no dejaban de constituir un caudal tentador, por más que se tratara de pesos *chicos*. Al doctor del Valle se le ocurrió que estaría bien empleado ese dinero, producto de una revolución, si se lo aplicara al fomento de la enseñanza agrícola, y he aquí que con el aplauso del mismo doctor Demaría fueron destinados esos pesos revolucionarios á la pacífica é inofensiva Escuela de Agricultura de Santa Catalina.

Pero, razones políticas obligaron al doctor del Valle á abandonar el Ministerio, y como los hombres que le sucedieron no parecían participar de sus mismos agrestes entusiasmos, resultó que la Escuela de Santa Catalina tuvo que conformarse con ver de lejos los millones—si es que alcanzó á verlos,—que en verdad habrían hecho maravillas si hubieran pasado, aunque fuera por partes, á sus exhaustas cajas.

*
* *

Parece que durante el gobierno del Dr. Tejedor, siendo Ministro de Gobierno don Santiago Alcorta, también se trató de inyectar nueva vida á la desheredada escuela, pero tal tentativa no fué más feliz que las otras.

*
* *

Llegó el 8o. Vencido el doctor Tejedor en la memorable jornada de Junio y designada la ciudad de Buenos Aires como capital de la República, asumió la gobernación de la Provincia, en caracter provisional, el doctor Juan J. Romero, llevando á su Ministerio de Hacienda al doctor Mariano Demaría.

Sellada la paz é iniciada en la Provincia una nueva era de actividad y de progreso, el doctor Demaría, eficazmente apoyado por el doctor Romero, entró de lleno á la labor, encarrando el estudio de problemas de alta trascendencia.

Poco tardó en reconcentrar su atención en estas feraces praderas y en el bosque inmediato que rompía con el enmarañado ramaje y las altas copas de los árboles, esa perspectiva siempre igual, siempre fría de la pampa infinita.

Pronto halló que en los surcos aquí abiertos, no sólo se había desparramado la simiente que al final de su evolución vegetativa brindara al labrador doradas mieses, sinó que también se habían sembrado ideas, aspiraciones, anhelos, que solo esperaban el calor de una voluntad inquebrantable y el auxilio de una generosa contribución pecuniaria para echar sus brotes á la luz y arrojar sobre la tierra preciados frutos.

Y estas fuerzas creadoras sólo podían esperarse por la acción de un gobierno progresista, como lo fué el del doctor Dardo Rocha, que no escatimó auxilios materiales y morales para ponerlos al servicio de las grandes concesiones.

Fué así, que bajo tan favorables auspicios, el doctor Demaría prefirió hacer abandono de la cartera de Hacienda (Mayo 8/881) para poderse dedicar de lleno á la empresa que tanto lo seducía: la completa reorganización del establecimiento de Santa Catalina, montando un instituto que dispusiera de todos los elementos necesarios para el desarrollo de un plan de enseñanza superior.

Debo hacer constar que el decreto que dió margen á la creación de dicho instituto lleva fecha 14 de Marzo de 1881, habiéndolo firmado el gobernador Romero y sus dos ministros doctores Carlos E'Amico y Mariano Demaria. Poco tiempo después, siendo ya gobernador el doctor Dardo Rocha, dictóse otro decreto con fecha 12 de Septiembre del mismo año, en el cual se determinaban con más precisión los propósitos del nuevo instituto. Eran estos: «poner en relación los descubrimientos de la ciencia con los diferentes ramos de la producción animal y vegetal; formar hombres expertos y observadores, que por sus conocimientos especiales pudiesen comprender y descubrir las leyes de la naturaleza, y aprovechar los progresos de las ciencias en el empleo de las herramientas y máquinas para mejorar los procedimientos en la explotación del suelo».

El doctor Demaria asumió, pues, la Presidencia de la Comisión Directiva del Instituto Agronómico-Veterinario de Santa Catalina, cargo honorífico, y como tal preparó todos los elementos relativos á su organización, intervino de una manera directa en lo referente á la construcción de los edificios y cuando estos empezaron á levantarse, puede decirse que casi personalmente y día tras día, dirigía las múltiples obras en ejecución. Una vez terminados, hizo contratar en Europa el cuerpo de profesores, con cuyo concurso preparó el vasto plan de estudios, programas, reglamentos, etc,

Se acercaba, por fin, el momento de inaugurar el flamante y bien construido establecimiento; hubo que buscar alumnos y esto no fué tarea fácil, eran muy pocos los que se daban cuenta cabal de la importancia de las dos nuevas carreras; fué necesario rogar, insistir, ofrecer ventajas de todo género para animar á los padres á que enviaran á sus hijos.

Llegó el 6 de Agosto de 1883—día memorable, especialmente para los que constituimos el nucleo inicial, y el instituto inauguró sus clases con 17 alumnos que fueron, según el orden de inscripción: Juan Gualberto Ramirez, Raul E.

Chevalier (fallecido), José María Agote, Angel C. Martínez, Antonio Cárdenas, Pedro T. Pagés, José María Moura (el primero que abrió los claros de nuestras filas, en el preciso momento en que terminó su carrera), José Manuel Febre, Sebastián Samper (fallecido), José María Gil (fallecido, hermano de nuestro apreciado colega señor Antonio Gil), Felipe A. Fernández, Cándido Cánepa, Oscar Otamendi, Antonio Pardo, Adolfo Bach y Genaro D'Amico, habiendo tenido el que habla, la fortuna de ser el que encabezó la primera lista de inscripción. De este núcleo solo terminaron sus estudios 7 agrónomos y 2 veterinarios.

La primera Comisión Directiva la constituyeron los señores Mariano Demaría (Presidente), Baltasar Moreno, Agustín Vidal, Wilson Jacobs, Reynaldo Otero, Carlos Casares, Carlos Rodríguez Larreta, Carlos Guerrero (hijo) y Luis de Chapeaurouge (Secretario).

El primer cuerpo de profesores lo formaron los señores Gustavo André (Director), Carlos Tombeur (Vice), Desiderio Bernier, Carlos Lambert, Julio Frommel, Camilo Gillet.

La administración del Haras estaba á cargo del malogrado Coronel Martín B. Campos, querido y respetado por su bondad, su rectitud é intachable honorabilidad.

El servicio médico era atendido por el igualmente malogrado y bien querido don Juan José Díaz, que fué el organizador y Director del Conservatorio de Vacuna, dependencia del Instituto, que prestó señalados servicios á toda la República y aun al Uruguay, Brasil, Chile, Paraguay y Bolivia.

Es de notar, como ejemplo de una larga y meritoria actuación, que el actual intendente de la Facultad, señor Juan José Acuña, ya era mayordomo del establecimiento de Santa Catalina, antes de la inauguración de las clases.

* * *

Terminada la gobernación del doctor Rocha, sucedióle el doctor D'Amico, bajo cuya administración el Instituto siguió contando con el decidido auxilio oficial.

En 1888, el mismo año en que se graduaron los primeros ingenieros agrónomos y médicos veterinarios, el doctor Demaría se retiró de la dirección con gran desconsuelo de los que habíamos tenido en él tan bondadoso consejero y verdadero amigo. El había sido el nervio, el alma de la institución, durante los años que prestó sus servicios gratuitos. Dejó al país un establecimiento en plena prosperidad, funcionando normalmente con un cuerpo de 23 profesores y más de 100 alumnos.

* * *

Un año después, y por causas que nunca tuvieron una explicación satisfactoria, la Legislatura autorizó al P. E. para enagenar en remate público el terreno y edificios de Santa Catalina, así como también las existencias y productos del Haras. Lo autorizó igualmente para invertir hasta la suma de 600.000 \$ $\frac{m}{n}$ en los nuevos edificios que se había resuelto construir en La Plata para trasladar á ellos el Instituto.

La venta de Santa Catalina no se realizó, felizmente, pero en cambio se hipotecó la propiedad en un millón y medio de pesos nacionales.

Instalada á medias la Facultad en un deplorable conjunto de edificios en obra, reabría sus puertas puede decirse que entre escombros, el 6 de Agosto de 1890.

No había transcurrido un año de esta 'nueva etapa de la institución, en cuya época contaba con 70 alumnos, cuando la sorprendió en medio de su labor la estupenda noticia de que el P. E. había pedido á la Legislatura su supresión. Ni más ni menos!

Afortunadamente no se cometió tal monstruosidad; gracias á la actitud resuelta de varios miembros de la Cámara y de la prensa, que la combatieron enérgicamente en nombre de los más altos intereses de la Provincia y del país entero.

Son de presumirse las vicisitudes por que atravesaría la infortunada institución durante esos terribles años que sucedieron á nuestra gran crisis financiera.

En 1896, el doctor Frers, como Ministro de Obras Públicas en el gobierno del doctor Udaondo, tomó algunas medidas tendientes á mejorar las condiciones de la Facultad. Fué durante su administración que se instituyó aquí otra Escuela Práctica de Agricultura, de evolución difícil también, pero que preparó el terreno para la organización de la actual, montada en excelente pie, como podéis juzgarlo fácilmente. Tiene á su frente un ilustrado y recto Director, el señor Raña, colega distinguido de la primera promoción.

* * *

Hemos llegado al último período, á la nacionalización de la Facultad y su anexión á la Universidad Nacional de La Plata. Todo lo que se relaciona con esta nueva evolución es tan reciente, que evita entrar en consideraciones al respecto. Pero, no pasaré en silencio, sin embargo, ciertos hechos que complementan, por decirlo así, el plan que me había trazado de señalar en esta sucesión de escenas, de épocas y de hombres, los actos más meritorios. Por lo pronto, descuellan los nombres de las personas que en primer término intervinieron en la organización de la Universidad: el doctor Joaquín V. González, su fundador, y los gobernantes que auspiciaron sus planes, contribuyendo á su realización: el Presidente don Manuel Quintana y el Gobernador don Marcelino Ugarte.

Luego vemos á uno de los nuestros, á un ex alumno del Instituto de Santa Catalina, el primero que tuvo la honra de

llegar al más alto puesto de nuestra Facultad: el actual Decano doctor Clodomiro Griffin, á quien también le tocaron épocas difíciles, pero que supo salvar con honor. Es que para ello contó con tres grandes ventajas: su competencia, su viejo afecto á la institución que otrora le contara entre sus más distinguidos discípulos, y las condiciones sobresalientes de su digna personalidad. A lo que habría que agregar aún la inteligente cooperación prestada por el antiguo y meritorio Secretario general de la Facultad, señor Américo A. Casassale.

*
* *

Cuando el doctor González arrojó su zonda en los dominios de La Plata para explorar el terreno en que soñaba edificar su grandiosa Universidad modelo, exponente acabado de lo que puede la perseverancia y la voluntad, encontró en el doctor Griffin á la par de un correcto caballero, un cooperador leal y decidido.

Se armonizaron ideas, se planteó el plan de reformas y se afrontó con bríos el trabajo.

Pronto se palparon los efectos de la nueva orientación; el caído instituto levantaba de su letargo; se abrían nuevos horizontes: esa bruma que todo lo envolvía empezaba á desvanecerse como al soplo de vientos bonancibles. La Facultad está de nuevo en pie; ha reanudado otra vez la marcha hacia sus grandes destinos!

DOCTOR GONZALEZ:

Feliz me siento al poder deciros en un acto público de esta importancia, cuánta es la complacencia con que he mirado— y como yo todos mis compañeros, todos los que estudiamos á la sombra de estos árboles, como los que han hecho su carrera en La Plata,—con que he mirado, digo, esa vuestra

obra de regeneración, de resurgimiento que habéis llevado á cabo en nuestra querida Facultad.

Su anexión á la Universidad que habéis fundado, y el impulso que dísteis á su mecanismo múltiple, aportándole recursos de que carecía, dotándola de elementos de trabajo que no tenía, creando nuevos gabinetes, salvando de la ruina lo mejor de sus edificios inconclusos, habilitando nuevas secciones. ampliando y mejorando el cuerpo de profesores, transformando— en fin — esta misma dependencia que nos hospeda, todo es obra meritisima digna de un laborioso incansable, de un genial luchador!

Y al decir esto no abarco el resto de vuestra obra fecunda; sólo me concreto á un detalle, á un simple engranaje de la enorme máquina que habéis montado con impertérrita serenidad!

Os lo agradecemos, señor, y hasta pienso que los dignos ciudadanos que han acudido á nuestra invitación para recibir el público y franco homenaje de nuestra gratitud, han de sentirse halagados al reconoceros como el salvador de instituciones que ellos fundaron y auspiciaron.

SEÑORES:

Llego al término de lo que me había propuesto. He abusado, sin duda, de vuestra benevolencia, exigiéndoos una excesiva atención, pero confío en que me perdonaréis teniendo en cuenta los móviles que me han impulsado á hablar en la forma que lo he hecho.

La Universidad de La Plata apoyó decididamente al Centro Nacional de Ingenieros Agrónomos en su iniciativa de dar el nombre de Mariano Demaría y Dardo Rocha á dos de las principales calles de Santa Catalina, con el propósito de perpetuar en tal forma el recuerdo de los dos distinguidos ciudadanos que han intervenido, cada uno en su esfera de acción, en la marcha inicial de la que es hoy Facultad Nacional de Agronomía y Veterinaria.

Por mi parte, al hablar en representación del Centro, he procurado poner de relieve, aunque de pálida manera, los títulos que tanto el ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires, doctor Rocha, como el ex presidente de la C. D. del Instituto de Santa Catalina, doctor Demaría, tienen conquistados por su actuación en el desenvolvimiento del Instituto que aquí nació.

Pero, cumplido este deber, satisfecha mi conciencia al verme asociado á un acto tan simpático, esa misma conciencia me decía que ninguna oportunidad más propicia que la presente para hacer justicia también á otros «pioneers» que igualmente lucharon y luchan dejando á su paso la huella de sus generosas aspiraciones.

Y bien, señores, ahí quedan sus nombres; he reseñado á grandes rasgos sus características; es muy posible que, dada la premura con que he preparado este incompleto trabajo, haya dejado de citar alguno digno también de consideración; pero creo no haber olvidado ninguna personalidad descollante en lo que llamaremos la historia de Santa Catalina y de la Facultad.

El acto de hoy pide un complemento, y ya que el próximo 6 de Agosto marcará el cuarto de siglo en la vida de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, desde el día que inauguró sus clases, ya que en esa fecha cercana directores, maestros y discípulos de la primera línea de avanzadas, celebraremos nuestras bodas de plata con la Escuela, hago votos para que en esa ocasión se continúe la buena obra aquí comenzada, vinculando á esta institución otros nombres también dignos de recuerdo en un acto de justicia semejante al de hoy.

DOCTOR ROCHA:

DOCTOR DEMARÍA:

Al grabar vuestros nombres en las placas que designan de hoy en adelante dos calles de Santa Catalina, hemos querido no solamente tributar un homenaje de gratitud y justicia, á que sois acreedores, sino también ofrecer á las generaciones que pasen por estas aulas, un recuerdo permanente de vuestra acción y un alto ejemplo de altruismo, de desinterés y de labor cívica.

He dicho.

ENRIQUE M. NELSON.